P. Raniero Cantalamessa OFM Cap.

LA EUCARISTÍA FUENTE Y CULMEN DE NUESTRA VIDA

Retiro Curia General 30 Nov. 2021

Pensé largamente cuál podría ser un tema para este retiro que fuese simple, que interese a todos, sacerdotes y hermanos no clérigos. Y luego de varias hipótesis, me fijé en la Eucaristía.

Ella es el centro de todo tiempo litúrgico, del Adviento no menos que de los otros tiempos. Es lo que celebramos todos los días. Cada pequeño progreso en su comprensión se traduce en progreso en la propia vida espiritual, y también en la comunitaria y fraterna. Y del mismo modo, lamentablemente, la cosa más expuesta, por su repetitividad, a caer en rutina, en algo descontado. San Juan Pablo II, en su carta *Ecclesia de Eucharistia*, escrita pocas semanas antes de su muerte, nos dice que los cristianos deben redescubrir y mantener siempre vivo “el estupor eucarístico…”. Entonces, a este objetivo debería servir nuestro retiro: a no acostumbrarnos a ella.

Quisiera hablar sobre el tema: La Eucaristía fuente y cumbre de la vida cristiana y religiosa, dedicando esta primera meditación al corazón de la Misa que es la consagración y en la de la tarde a la comunión. (Sobre la liturgia de la Palabra que es también parte integrante de la Misa diré algo en el momento de la homilía).

La expresión “fuente y culmen de la vida cristiana” es del Concilio. La constitución *Lumen gentium* del Vaticano II, hablando del “sacerdocio común” de todos los fieles, escribe:

“Los fieles, en cambio, en virtud de su sacerdocio regio, concurren a la ofrenda de la Eucaristía… Participando del sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella. Y así, sea por la oblación o sea por la sagrada comunión, todos tienen en la celebración litúrgica una parte propia, no confusamente, sino cada uno de modo distinto” (*Lumen Gentium,* 10-11).

La Eucaristía es, por lo tanto, un acto de todo el pueblo de Dios, no sólo en sentido pasivo, que redunda en beneficio de todos, sino también activamente, en el sentido que es realizado con la participación de todos. El fundamento bíblico más claro de esta doctrina es Romanos 12,1:

“Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a ofrecer vuestros cuerpos como sacrificio viviente, santo y agradable a Dios, este es vuestro culto espiritual”.

Y aún más claramente 1 Pedro 2,4s:

“Acercándoos a él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios, también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo”.

No hay entre nosotros algunos que celebran la Misa y otros que la escuchan. ¡Somos todos “celebrantes”! Este sacerdocio regio no opone entre sí a presbíteros y laicos, sino más bien los une. También los sacerdotes ordenados de hecho participan en cuanto bautizados y cristianos; su sacerdocio ministerial se injerta en él. La doctrina del sacerdocio común, rectamente entendida, lejos de oponer en la Iglesia, sacerdotes y laicos y lejos de aparecer como una peligrosa “reivindicación” de las bases, une los dos órdenes y los dos estados con el vínculo más fundo que pueda existir.

\* \* \*

Para comprender nuestro rol común en el momento de la consagración es de vital importancia conocer la naturaleza del sacrificio y del sacerdocio de Cristo porque es de él que deriva el sacerdocio cristiano, tanto el bautismal como el ministerial. La Carta a los Hebreos explica en qué consiste la novedad y la unicidad del sacerdocio de Cristo, no sólo con respecto al Antiguo Testamento, sino también con respecto a toda institución sacerdotal incluso fuera de la Biblia. «Y penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo una liberación definitiva» (Hb 9,12).

Todo sacerdote ofrece algo que es exterior a sí mismo, Cristo se ofreció a sí mismo; todo otro sacerdote ofrece víctimas, ¡Cristo se ofreció como víctima! San Agustín resumió en pocas palabras la naturaleza de este nuevo género de sacerdocio en el que sacerdote y la víctima son la misma persona: «Ideo sacerdos quia sacrificium», sacerdote porque víctima[[1]](#footnote-1).

Haciéndose él mismo víctima de la violencia, Jesús desenmascaró y rompió el mecanismo del chivo expiatorio que sacralizaba la violencia. En Cristo es Dios el que se hace víctima. Ya no son más los seres humanos que ofrecen sacrificios a Dios para aplacarlo o hacerlo favorable (cf. Jn 3,16). Jesús no vino con la sangre de otro, sino con su propia sangre; no puso sus pecados sobre las espaldas de otros -animales o creaturas humanas-, sino que puso los pecados de los otros sobre sus espaldas: «el mismo, sobre el madero, llevó nuestros pecadosen su cuerpo*»* (1Pe 2,24).

Todo esto significa que en la Misa nosotros debemos ser, al mismo tiempo sacerdotes y víctimas. A luz de lo que se dijo, reflexionemos sobre las palabras de la consagración: «TOMAD Y COMED, PORQUE ESTO ES MI CUERPO, QUE SERÁ ENTREGADO POR VOSOTROS».

Quiero compartir, a este propósito, mi pequeña experiencia, es decir cómo llegué a descubrir el significado existencial y personal de la consagración eucarística. Este es el modo cómo vivía el momento de la consagración durante la santa Misa en mis primeros años de sacerdocio: cerraba los ojos, inclinaba la cabeza, buscaba alejarme de todo lo que me circundaba para ensimismarme en Jesús que, en el Cenáculo, pronunció por primera vez aquellas palabras: «Tomad, comed…». La liturgia misma inculcaba esta actitud, haciendo pronunciar las palabras de la consagración en voz baja y en latín, inclinados sobre las especies.

Luego llegó la reforma litúrgica del Vaticano II. Se comenzó a celebrar la Misa mirando a la asamblea; no más en latín, sino en la lengua del pueblo. Esto me ayudó a entender que esa actitud mía, de por sí, no expresaba todo el significado de mi participación en la consagración. ¡Aquel Jesús del Cenáculo no existe más! Existe sólo el Cristo resucitado: el Cristo, para ser exactos, que estuvo muerto, pero que ahora vive para siempre (cf. Ap 1,18). Pero este Jesús es el «Cristo total», Cabeza y cuerpo inseparablemente unidos. Entonces, si es este Cristo total el que pronuncia las palabras de la consagración, también las pronuncio con Él. Las pronuncio, sí, «*in persona Christi*», en nombre de Cristo, pero también «en primera persona», es decir en mi nombre.

Desde el día en que comprendí esto, algunas veces no cierro los ojos en el momento de la consagración, sino que miro a los hermanos que tengo delante, o, si celebro solo, pienso en aquellos con quien debo encontrarme en el día y a los cuales debo dedicarle mi tiempo, o pienso incluso en toda la Iglesia y, volviéndome hacia ellos, digo como Jesús: «Tomad, comed todos: esto es mi cuerpo que quiero entregar por vosotros… Tomad, bebed: esta es mi sangre que quiero derramar por vosotros».

No siempre es posible y oportuno pensar en todo esto en el momento de la consagración (desviaría nuestra atención del sujeto principal que es Cristo), pero es importante que esté la disposición habitual de renovarlo a veces en la preparación a la Misa.

Debemos clarificar una cosa. ¿Puede un laico, varón o mujer, en el momento de la consagración, unirse al celebrante y hacer propias aquellas palabras de Jesús? Una cosa, hemos visto, es cierta: ¡también el laico está llamado, en aquel momento, a ofrecerse con Cristo! Es el momento por excelencia en el que él ejercita su sacerdocio regio. ¿Puede hacerlo usando las mismas palabras usadas por Cristo: Tomad, comed, este es mi cuerpo”? Pienso que nada se oponga a esto. ¿No hacemos lo mismo cuando, para expresar nuestro abandono a la voluntad de Dios, en nuestras pruebas, repetimos: “Pase de mí este cáliz”, u otras palabras del Salvador?

El laico católico sabe bien que estas palabras, dichas por él o ella, no tienen el poder de hacer presente el cuerpo y la sangre de Cristo sobre el altar. Él no actúa, en este momento, *in persona Christi*; no representa a Cristo, como hace el sacerdote ordenado, sino que sólo se une a Cristo. Por lo que, no dirá las palabras de la consagración en voz alta, como el sacerdote, sino en silencio, su propio corazón. También aquí, no necesariamente en el momento mismo de la consagración, sino en la preparación a ella o en la acción de gracias, o en otros momentos de oración. Dentro de estos límites, es hermoso hacer propias las palabras de Cristo. Usar las mismas palabras, nos ayuda a tener también “los mismo sentimientos” de Jesús.

\* \* \*

Luego vino san Agustín, con algunas de sus palabras, a sacarme toda duda sobre esta visión de la consagración y a hacerme ver que ella pertenece a la doctrina más sana de la tradición, que está ahora un poco olvidada.

“Toda la ciudad redimida, es decir la asamblea comunitaria de los santos es ofrecida a Dios como sacrificio universal por la mediación del sumo sacerdote que en la pasión se ofreció a sí mismo por nosotros en forma de siervo, para que fuésemos el cuerpo de una Cabeza tan grande. La Iglesia celebra este misterio en el sacramento del altar, bien conocido por los fieles; en él se muestra que en lo que se ofrece es ella misma la que se ofrece (*in ea re quam offert, ipsa offertum*)” [[2]](#footnote-2).

Esta es la doctrina retomada en el texto del Vaticano II citado al inicio. La instrucción de la Sagrada Congregación para los ritos, *Eucharisticus mysterium*, la explica así:

“La celebración eucarística que se realiza en la misa es una acción no sólo de Cristo, sino también de la Iglesia… La Iglesia, por su parte, esposa y ministra de Cristo, cumpliendo con Él el oficio de sacerdote y de hostia, lo ofrece al Padre y se ofrece a sí misma toda entera con Él” [[3]](#footnote-3).

Hay dos cuerpos de Cristo sobre el altar: está su cuerpo *real* (el cuerpo «nacido de María Virgen», muerto, resucitado y ascendido al Cielo) y está el cuerpo *místico* que es la Iglesia. Por lo que, sobre el altar está presente *realmente* su cuerpo real y está presente *místicamente* su cuerpo místico, donde el término «místicamente» significa: en fuerza de la inseparable unión con la Cabeza. Ninguna confusión entre las dos presencias, que son distintas pero inseparables.

La ofrenda de nosotros y de la Iglesia, sin la de Jesús, sería nada: no sería ni santa, ni agradable a Dios, porque somos sólo creaturas pecadoras. Pero la ofrenda de Jesús sin la de la Iglesia, que es su cuerpo, no sería suficiente para recibir la salvación, ¡aunque si fuera suficiente para procurar la salvación! Es en este sentido que la Iglesia puede decir, con san Pablo: «Completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo» (cf. Col 1,24).

Porque hay dos «ofrendas» y dos «dones» sobre el altar -el que deber transformarse en el cuerpo y la sangre de Cristo (el pan y el vino) y el que debe transformarse en el cuerpo místico de Cristo-, es por lo que hay dos «epíclesis» en la Misa, es decir dos invocaciones al Espíritu Santo. En la primera se dice: «Por eso te rogamos humildemente que envíes tu Espíritu Santo para que santifique estos dones de pan y vino, de manera que se conviertan para nosotros en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo»; en la segunda, que se recita luego de la consagración, se dice: «Dona la plenitud del Espíritu Santo para que formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu. Él (el Espíritu) nos transforme en ofrenda permanente».

Es así como la Eucaristía hace la Iglesia: La Eucaristía hace la Iglesia, ¡haciendo de la Iglesia una Eucaristía! La Eucaristía no es sólo, genéricamente, la fuente o la causa de la santidad de la Iglesia; es también la «forma», es decir el modelo. La santidad del cristiano debe realizarse según la «forma» de la Eucaristía; debe ser una santidad eucarística. El cristiano no puede limitarse a celebrar la Eucaristía, debe *ser* Eucaristía con Jesús.

\* \* \*

Ahora podemos sacar las consecuencias prácticas de esta doctrina para nuestra vida cotidiana. Si en la consagración también estamos nosotros que, dirigiéndonos a los fieles, decimos: «Tomad, comed: esto es mi cuerpo. Tomad, bebed: esta es mi sangre», debemos saber qué significan «cuerpo» y «sangre», para saber qué es lo que ofrecemos.

¿Qué entendía darnos Jesús, diciendo, en la última cena: «ESTO ES MI CUERPO»? la palabra «cuerpo» no indica en la Biblia, un componente, o una parte, del hombre que, unida a los otros componentes que son el alma y el espíritu, forman al hombre completo. En el lenguaje bíblico, y por lo tanto en el de Jesús y de Pablo, «cuerpo» indica todo el hombre, en cuanto vive su vida en un cuerpo, en una condición corpórea y mortal. «Cuerpo» indica, entonces, toda la vida. Jesús, instituyendo la Eucaristía, nos dejó en don toda su vida, desde el primer instante de la encarnación al último momento, con todo lo que concretamente había realizado tal vida: silencio, sudores, fatigas, oraciones, lucha, humillaciones…

Después Jesús dice: «ESTA ES MI SANGRE». ¿Qué agrega con la palabra «sangre», si ya nos dio toda su vida en su cuerpo? ¡Agrega la muerte! Luego de habernos dado la vida, nos da también la parte más preciosa de ella, su muerte. El término «sangre» en la Biblia no indica, de hecho, una parte del cuerpo, es decir una parte de una parte del hombre, indica un evento: la muerte. Si la sangre es la sede de la vida (así se pensaba entonces), su «derramamiento» es el signo plástico de la muerte. La Eucaristía es el misterio del cuerpo y de la sangre del Señor, es decir ¡de la vida y de la muerte del Señor!

Ahora, viniendo a nosotros, ¿qué ofrecemos nosotros, ofreciendo nuestro cuerpo y nuestra sangre, junto con Jesús, en la Misa? Ofrecemos también nosotros lo que ofreció Jesús: la vida y la muerte. Con la palabra «cuerpo», damos todo lo que constituye concretamente la vida que conducimos en este mundo, nuestra existencia: tiempo, salud, energía, capacidades, afectos, quizás sólo una sonrisa. La sonrisa es algo que sólo un espíritu que vive en un cuerpo puede hacer y, a veces, es algo muy precioso.

Con la palabra «sangre», expresamos también nosotros la ofrenda de nuestra muerte. No necesariamente la muerte definitiva, ni el martirio por Cristo o por los hermanos. Es muerte todo lo que, en nosotros, desde ahora, prepara y anticipa la muerte: humillaciones, fracasos, enfermedades que inmovilizan, limitaciones debido a la edad, a la salud, todo lo que, en una palabra, nos «mortifica».

Todo esto exige que nosotros, apenas salidos de la Misa, hagamos nuestro mejor esfuerzo para realizar lo que hemos dicho; que realmente nos esforcemos, con todos nuestros límites, a ofrecer a los hermanos nuestro «cuerpo», es decir el tiempo, las energías, la atención; en una palabra, nuestra vida. De lo contrario, todo queda en palabras vacías, promesas incumplidas.

Es necesario, entonces, que, luego de haber dicho a los hermanos: «Tomad, comed», nosotros nos dejemos realmente «comer» y nos dejemos comer sobre todo por aquellos que no lo hacen con toda la delicadeza y la gracia que esperáramos. San Ignacio de Antioquía, yendo a Roma para morir mártir, escribía: «Yo soy trigo de Cristo: que yo sea molido por los dientes de las fieras, para transformarme en pan puro para el Señor»[[4]](#footnote-4). Cada uno de nosotros, si miramos cuidadosamente a nuestro alrededor, encuentra estos dientes afilados de fieras que lo mastican: son críticas, contrastes, oposiciones ocultas o evidentes, diferencias de modo de ver con los que nos rodean, diversidad de carácter. “Nosotros, dijera san Agustín, somos vasos de barro: sólo tocándonos nos lastimamos”.

Tratemos de imaginar qué ocurriría si celebráramos la Misa con esta participación personal, si todos decimos verdaderamente, al momento de la consagración, unos en voz alta, otros silenciosamente, según el ministerio de cada uno: «Tomad, comed».

Podríamos traer el caso de diversas categorías de personas: sacerdotes párrocos, religiosas, obreros, amas de casa, jóvenes, niñas… Pero miremos nuestro caso: de personas que desempeñan funciones en una curia o en cualquier estructura de gobierno y de administración… La Eucaristía es la única cosa que pude hacer diferente este tipo de trabajo al análogo que se hace en las oficinas del mundo. Esto es ofrecimiento del propio tiempo, y de las propias capacidades (¡el “cuerpo”!), es servicio a los hermanos que es el valor evangélico por excelencia.

Resumo, con una especie de parábola, el sentido y el objetivo de esta primera reflexión sobre la Eucaristía.

En una familia numerosa hay uno de los hijos, el primogénito, que ama y admira sin reparos a su Padre. Para celebrarlo quiere hacerle un regalo precioso. Pero antes de presentar el don al padre pide que todos sus hermanos y hermanas le pongan su firma en el regalo. Llega así al padre como el don de todos sus hijos, aunque uno solo pagó el precio.

Ahora, de la imagen a la realidad. Jesús es el hijo primogénito que ama y admira sin reparos al propio padre. Todos los días quiere hacer el don más precioso que exista, el de su misma vida. Pero antes de ofrecerlo, pide a todos sus hermanos, que somos nosotros, que pongamos nuestra firma sobre el don para que llegue al Padre celeste como un don de toda su familia… aunque que fue uno sólo el que pagó el precio ¡y qué precio!

¡Es lo que pasa en cada Misa! Nuestra firma está simbolizada por las pocas gotas de agua que, unidas al vino, forman una sola bebida; y también en el solemne “Amén” que la asamblea pronuncia o canta como conclusión de la doxología final. Debemos recordar sólo una cosa: quien firma algo, luego debe honrar la propia firma y esto significa que, pasando de liturgia a la vida, debemos esforzarnos por entregar verdaderamente nuestro “cuerpo” y derramar nuestra “sangre” por los hermanos.

1. Agustín, Confesiones, X, 43. [↑](#footnote-ref-1)
2. S. Agustín, *De civitate Dei*, X, 6 (CCL 47, p. 279). [↑](#footnote-ref-2)
3. *Eucharisticum mysterium*, 3. [↑](#footnote-ref-3)
4. Ignacio de Antioquía, Ai Romani, 4, 1. [↑](#footnote-ref-4)